

## **Reseña Crítica: Cuerpo a cuerpo, entre el libro y el bebe**

**Maria Fernanda Roncancio Pérez-20241287016**

Como docente en formación de primera infancia, acercarme al conversatorio entre María Emilia López y Adolfo Córdoba fue una experiencia que me confronta directamente con la manera en la que he pensado la infancia hasta ahora. Muchas veces, desde los discursos educativos tradicionales, se termina reduciendo al bebé a una especie de “proyecto de adulto” o “El futuro del país”, como si su valor estuviera únicamente en lo que llegará a ser y no en lo que ya es. Sin embargo, este encuentro me lleva a reafirmar una idea que considero fundamental para mi formación: el bebé no es una promesa, es un sujeto cultural completo en el presente, un ciudadano de la cultura desde el primer momento de vida, y su relación con los libros no es un proceso que deba ser dejado a un lado sino una forma profunda de habitar el mundo.

Desde esta perspectiva, la lectura en la primera infancia deja de ser una actividad alejada para convertirse en una experiencia vital. Uno de los aspectos que más me impacta es la forma en que se redefine el libro como objeto. En la formación docente muchas veces se nos enseña a cuidar el material como algo frágil, casi intocable, pero esta mirada entra en tensión con lo que realmente sucede en la infancia temprana. Un libro impecable, guardado y lejos del cuerpo del niño, es en realidad un libro sin vida. Para el bebé, el libro no es únicamente un objeto para mirar, sino un territorio sensorial que se explora con todo el cuerpo. Morderlo, tocarlo, lanzarlo, abrirlo sin orden aparente o incluso llevarlo a la boca no son acciones de destrucción, sino formas de conocimiento, aquí el niño también está leyendo. El niño no está “dañando” el libro, está incorporando el mundo, está construyendo significado desde la experiencia sensorial directa.

Esto me lleva a pensar profundamente en mi rol como futura docente. No quiero ser una adulta que limite el contacto del niño con los libros desde el miedo al daño material, sino una acompañante que entienda que en esa exploración hay pensamiento, hay curiosidad y hay lenguaje emergiendo. En mi práctica pedagógica de ahora en adelante quiero que los libros estén disponibles al alcance del cuerpo, en el suelo, en canastas abiertas, en espacios donde el niño pueda decidir cuándo y cómo acercarse a ellos. Entendiendo que esta autonomía no es un detalle menor, sino una base fundamental para la construcción de sujetos activos, que no esperan siempre la indicación del adulto para relacionarse con el conocimiento.

En ese sentido, el concepto de “lecturamar” propuesto por María Emilia López se convierte en una idea profundamente potente para mi formación. Leer en la primera infancia no es solo un acto técnico, sino una experiencia afectiva, casi íntima, donde el adulto se convierte en un puente entre el niño y el lenguaje. Entiendo la lectura como una forma de cuidado, como una construcción de vínculo. La voz del adulto no es simplemente un instrumento que narra, sino una presencia que sostiene, que acompaña y que da seguridad en medio del descubrimiento del mundo. Leer se convierte en una forma de amor en acción, una manera de decirle al niño “estoy contigo mientras descubres esto”.

Desde esta mirada, la mediación de lectura en el aula no puede reducirse a momentos aislados o estructurados de “hora del cuento”, sino que debe convertirse en un ambiente constante, en una forma de habitar la lectura de manera consciente. Leer es alimentar el pensamiento, el afecto y la imaginación. Esto implica que como docente debo estar disponible no solo físicamente, sino también emocionalmente, para construir ese espacio donde la palabra circula con calidez y sentido.

Al mismo tiempo, este conversatorio me lleva a reflexionar sobre un desafío actual muy presente en la educación: la hegemonía de las pantallas. En muchos contextos se ha vuelto común recurrir a dispositivos digitales como una forma rápida de calmar, entretener o incluso “educar” a los niños pequeños, yo incluso en mis prácticas lo he visto constantemente en el aula. Sin embargo, desde la postura que voy construyendo, empiezo a ver esto con una mirada crítica. Las pantallas, aunque pueden ofrecer estímulos llamativos, tienden a colocar al niño en una posición pasiva, donde recibe

información sin poder transformarla corporalmente. No hay manipulación, no hay espera, no hay construcción desde el ritmo propio del niño.

Frente a esto, considero fundamental defender una pedagogía donde se priorice el encuentro real, del cuerpo presente, del gesto compartido, el contacto cara a cara. El libro físico exige tiempo, exige pausa, exige interacción. El niño pasa la página, señala, repite, se detiene, vuelve atrás. En ese movimiento hay pensamiento, hay lenguaje en construcción, hay imaginación en expansión. Por eso, apoyo la idea de una resistencia consciente frente a la aceleración tecnológica en la primera infancia, no desde el rechazo absoluto a la tecnología sino entendiendo lo importante que es primero lograr un desarrollo sensible, corporal y simbólico en el niño durante sus primeros años.

Otro elemento que me atraviesa profundamente es la idea de la docente como una “alma sobreabundante”, alguien que no sólo transmite conocimiento, sino que lo habita, lo siente y lo comparte desde su propia sensibilidad. Esto me confronta con mi propia formación, porque entiendo que no basta con aprender teorías pedagógicas, sino que es necesario construir una vida cultural que esté nutrida de arte, lectura, música y experiencia estética, para poder ofrecer a los niños un universo significativo. No se puede acompañar la sensibilidad infantil si uno mismo no cultiva la propia.

En ese sentido, también reconozco la importancia de aprender a observar más y a intervenir menos. Muchas veces, desde el deseo de enseñar, los adultos terminamos interrumpiendo procesos valiosos de exploración infantil. Este conversatorio me invita a pensar en el valor del silencio, en la importancia de mirar con atención cómo el niño se relaciona con una imagen, cómo se detiene, cómo señala, cómo repite. Allí hay pensamiento, aunque no sea verbalizado. Mi tarea no es apresurar ese proceso, sino acompañarlo con respeto, sin imponer significados cerrados.

Finalmente, todo esto me lleva a reafirmar una postura ética frente a la infancia. No estamos formando seres humanos para un futuro abstracto, estamos acompañando sujetos que ya están viviendo su presente con intensidad, sensibilidad y pensamiento propio. La lectura, entendida como cuerpo, afecto y palabra, se convierte entonces en una herramienta profundamente transformadora, no solo para el niño, sino también para el docente y para la sociedad en general.

Desde mi formación, me comprometo a construir espacios donde el libro no sea un objeto distante, sino un territorio vivo; donde la palabra no sea imposición sino encuentro, y donde la infancia sea reconocida como sujetos que merecen procesos plenos, dignos y profundamente humanos. Porque leer en la primera infancia no es simplemente enseñar a descifrar signos sino es abrir la posibilidad de habitar el mundo con sensibilidad, imaginación y amor.